

Rutilio

«En la falda del cerro más prominente del lugar, donde las lluvias dejaban a su paso cristalinas lagunas, yacía un terreno envuelto en disputa. Los habitantes, dedicados principalmente a la lechería, veían en él un prado esencial para sus animales, dada su cercanía a las fuentes naturales de agua. En contraste, aquellos que buscaban un rincón tranquilo para descansar y pernoctar, se sentían atraídos por la serenidad de una laguna en especial, formada por el declive natural del terreno y rodeada de hermosos parajes. Sin embargo, en medio de sus contiendas, ambos grupos pasaban por alto la majestuosidad y encanto que la naturaleza les ofrecía en ese rincón, epítome del paraíso en la tierra.



Los patos silvestres y las garzas agami, con sus hermosos plumajes de colores: verde, rojo y azul, creaban un bello cuadro primaveral al ser reflejadas en la claridad del agua durante el atardecer. Cerca de ahí y ajeno a todo eso, se veía a un niño que acariciaba a una vaca. La paz inundaba los alrededores de la laguna, y todo parecía transcurrir felizmente dentro del paisaje bucólico, hasta que escuchó la voz quebrada de su padre que, mientras descansaba bajo la sombra del árbol más frondoso, le ordenaba:

—Llévala a pastar, necesito que dé leche —le espetó Rutilio.

Esta escena se repetía casi a diario en la llamada región lechera de los Tux, zona próspera y con abundantes recursos. Todos los lugareños estaban orgullosos de vivir ahí, excepto Rutilio, quien tenía diez vacas, pero solo nueve de ellas daban leche, y no quería que eso se supiera.

Los conocidos de Rutilio a menudo se mofaban de él diciendo: “Una no es ninguna”, refiriéndose burlonamente a su décima vaca, que sufría de agalactia y no producía leche. Este hecho, que para él representaba no solo una afrenta sino también un fracaso personal, lo afectaba profundamente. Sin embargo, su preocupación principal no era tanto este problema cotidiano, sino su ascendencia. Lleno de orgullo por su linaje, Rutilio solía repetir su nombre con reverencia, convencido de ser un descendiente directo del ilustre Cónsul romano Rutilius Rufus. Esta creencia se reforzaba cada vez que contemplaba una antigua pintura del busto del Cónsul, que guardaba celosamente en su desván, como un tesoro familiar.

Pasaron varias semanas y Rutilio trató de vender la vaca, pero nadie la compró. Abrumado, la ofreció a cambio de diez gallinas y esperó varios días, sin éxito. Cada vez que alguien pasaba cerca de su establo, Rutilio bajaba la mirada, avergonzado de la situación al recordar que su línea ancestral llevaba hasta la época del Imperio Romano. Aunque nunca había pertenecido a la nobleza, sentía el compromiso de su legado. Su nombre no podía quedar en entredicho. Este estigma lo carcomía por dentro.

Tal era su desesperación que no le importaba perder en el trueque. Dos meses después la vaca enfermó y Rutilio pensó en sacrificarla, pero eso sería aceptar su fracaso, así que prefirió ocultarla de los demás y la encerró.

El hijo de Rutilio, Rufo, recibió con agrado la noticia. Lucero, como él la había bautizado, era su vaca preferida. Desde pequeño la eligió porque tenía una mancha única en la frente, parecida a una estrella. Nunca se imaginó que con el tiempo se sentiría tan unido a ella. Este era el momento de demostrar su apego; cuidándola. El descanso a la sombra y la buena alimentación ayudaron a que Lucero se recuperara, pero Rutilio ni cuenta se dio. Para él, esa vaca ya no valía nada.

Con la llegada del invierno, la difícil situación económica afectó a muchos en la región. Algunos optaron por marcharse, y fue entonces cuando Rutilio, intentando superar la crisis, retomó la idea de deshacerse de la vaca, y se sintió afortunado cuando alguien de los que se iban se la llevó, dejándole a cambio una gallina y un gallo de pelea.

Varios meses después, el panorama de Rutilio cambió radicalmente. Aunque sus vacas seguían produciendo leche en abundancia y la gallina ponía suficientes huevos, él no era feliz. Las bendiciones materiales palidecían ante el malestar de Rufo, cuya condición desconocida lo hacía llorar sin motivo aparente, debilitándolo y sumergiéndolo entre ensueños. Esto sumió a Rutilio en la desesperación, enfrentando el temor de perderlo todo ante la incertidumbre de la enfermedad de su hijo. Apremiado por encontrar soluciones, buscó consejos entre amigos y vecinos sin lograr mejoría para Rufo. Consumido por el desgaste emocional, Rutilio descargaba su frustración gritando y maldiciendo a quienes se cruzaban en su camino, mientras veía cómo la esperanza se desvanecía y, con ella, su fortuna desaparecía. Ante el incremento de los gastos médicos y la necesidad de sobrevivir,

se vio obligado a ofrecer sus tierras en venta, guardando para sí la pintura familiar, último vestigio de su noble ascendencia romana.

Tan agobiante era su situación que decidió seguir el consejo de su mejor amigo, quien le insistía que lo que su hijo necesitaba era una madre, y él, una pareja. Aunque no había nadie disponible que le llenara el ojo, decidió cortejar a la mujer más perspicaz de los alrededores, Anaís, que tenía fama de resolver cualquier problema que le presentaran. Ese día, el primero de la naciente primavera, fue en busca de ella, llevando consigo a su gallo.



Rutilio se impresionó en cuanto entró a la casa de Anaís. Las pinturas, más que adornar las paredes, contaban una historia cada una. Muchos eran los que la admiraban y, satisfechos por su sanación y consejos, le habían donado no una, sino varias. Pero Rutilio era desconfiado y esa impresión no le bastó. Antes de proponerle que fuera su pareja, la puso a prueba diciendo:

—Tengo un problema. Mi gallo ya no quiere a su gallina.

—Dale esto —le dijo Anaís después de abrirle el pico al gallo y observar dentro.

—¿Qué es?

—Un remedio —aclaró ella mientras lo sostenía en sus brazos.

Rutilio le dio al gallo las hierbas que Anaís le había entregado, y este, revitalizado como si de la guerra hubiera regresado, empezó a corretear a la primera gallina que vio, buscando su cresta para picotearla. Rutilio quedó satisfecho con tal demostración y, poco después de que Anaís aceptara su propuesta, ambos regresaron a Tux.

La felicidad pareció entrar por la puerta cuando Rutilio, en un acto lleno de amor, cargó a Anaís en sus brazos y juntos cruzaron el umbral de su nuevo hogar. Sin embargo, pocas semanas después, los únicos que sonreían eran el gallo y la gallina. Rufo seguía dormitando, y la pasión de Rutilio por Anaís se desvaneció tan pronto como se acostumbró a ella. Desesperado, probó el remedio que había sanado al gallo, pero en lugar de motivarlo, acrecentó sus dolencias. Con pesar, le confesó a Anaís que su falta de deseo no se debía a que no la quisiera, sino a que padecía de gota y reumas. Anaís, al verlo tan abatido, preparó un brebaje con orejas de murciélago y alas de abeja. Tras cortarlos en pequeños trozos y remacharlos en el molcajete con chile, los mezcló en una pócima que contenía, además de un elixir; cúrcuma, raíz de maca, ginseng, y jengibre.

Rutilio se tapaba la nariz y bebía el brebaje cada noche. Ambos retomaron sus tareas habituales, esperando hasta la próxima luna llena para intentarlo de nuevo. A pesar de que la primavera trajo consigo flores y el canto de las aves, para ellos, el frío del invierno parecía persistir. Las dolencias de Rutilio disminuyeron, y él y Anaís disfrutaron de una felicidad temporal. Sin embargo, aunque Rutilio empezó a oír mucho mejor que antes y a caminar con mayor ligereza, su pasión se desvanecía a medida que la luna menguaba; su ánimo se sumía en un abismo, y ni siquiera las alas podían ayudarlo a superar la apatía que lo invadía. La breve motivación desapareció tan rápidamente como llegó, y Anaís, agobiada por el exceso de trabajo y la falta de afecto, se sintió insatisfecha. Incapaz de aguantar más y convencida de que el amor requiere de reciprocidad, se marchó de la casa, llevándose consigo la antigua pintura del Cónsul como prenda. Su colección y fama crecieron, pero la salud de Rufo no mostró mejoría. Rutilio, sintiéndose impotente y cansado de los remedios caseros, arrojó el brebaje por la ventana. Abrumado por la frustración, desistió de buscar otro amor, pero rogó por un milagro; se persignó y esperó... hasta que una tarde...

Entre trinos y comparsa, la Feria llegó a la región y traía como novedad “La vaca sanadora”, un ejemplar único importado de Suiza. Bastaba con tocar su mancha en forma de estrella para sentirse aliviado de dolencias y pesares. Este anuncio causó sensación entre los pobladores, y todos, tanto curiosos como escépticos, fueron a ver de qué se trataba. Como en muchos poblados, la ignorancia era explotada por los embaucadores, y esta vez, lo más probable, no sería la excepción.

Después de horas de espera, Rutilio, ilusionado, pidió que la vaca aliviara a su hijo. Sin embargo, al ver que era la misma que no daba leche, enfureció y gritó: “¡Es un fraude!”. Los presentes se extrañaron de tan fuerte acusación y voltearon a ver a Rutilio, quien, con su hijo en brazos, seguía reclamando: “¡Es un engaño!”. El propietario de la vaca no se afrentó e inmediatamente retó a Rutilio, que seguía vociferando a todo pulmón. Tanto era el escándalo que Rufo, al escuchar los gritos de la discusión, despertó y, en cuanto vio a

Lucero, sorprendido se agitó, remolinándose incesantemente hasta que, como si estuviera poseído, se zafó de los brazos de su padre y al suelo saltó.

Sacando energía desde lo más hondo, Rufo corrió hacia Lucero y suavemente la acarició, pasando su mano sobre la mancha. Mientras la abrazaba, las lágrimas de felicidad escurrían por sus mejillas, ahora sonrojadas por la emoción. Su padre, incrédulo, se rascaba la cabeza, tratando de entender lo que sucedía. Los demás, al ver que el niño había sanado, se llenaron de entusiasmo e ignoraron los gritos y reclamos de Rutilio, quien seguía sin comprender, incapaz de apreciar la felicidad en la que vivía, refugiándose desde ese día en su gallo, rumiando su error y añorando el ayer.

Pronto, la noticia del milagroso sanamiento de Rufo se difundió, convirtiendo a Lucero en una verdadera atracción. A la gente no le preocupó que no diera leche. Al finalizar la Feria, su dueño, motivado por el éxito alcanzado, decidió quedarse en Tux. En poco tiempo, con los ingresos del espectáculo, compró las tierras de Rutilio y, en honor al milagro de Lucero, nombró a Rufo como su cuidador principal.

Rutilio, desplazado de su hogar, comenzó a vagar de pueblo en pueblo organizando peleas para su gallo que, irónicamente, prefería la paz. Rufo, por su parte, aprovechaba sus vacaciones para buscarlo y remarcarle que como trabaja cuidando a la misma vaca en el antiguo establo, ya no debería afligirse. Sin embargo, Rutilio seguía sumido en el pasado, lamentándose de sus yerros.

Aquellos que lo vieron comentan que, más que una maldición, lo que Rutilio vivía cada día era una pesadilla. En raras ocasiones pernoctaba a las orillas de la laguna y, cuando lo hacía, defendía los derechos de sus compañeros contra el abuso de los lecheros. Su nuevo papel como líder improvisado lo enorgullecía; cada vez se parecía más al gran político Rutilius, conocido por su integridad y oposición a la corrupción. Al verse al frente de la manifestación suspiraba hondamente, sus dudas se habían disipado, estaba seguro de que sí llevaba sangre romana en sus venas. Su reciente proyecto encaminado a crear una reserva de la biosfera se veía prometedor. Por fin se protegería a las garzas agami y otras especies.

Rufo seguía ahorrando para comprar las tierras que fueron de su padre, había jurado recuperar su legado. Casi a diario salía a pastar con Lucero a la orilla de la laguna».

El hijo de Rufo, Rutilio, el ganadero más exitoso en décadas en Tux, cerró el cuadernillo de cuentas donde su abuelo había anotado la cantidad que recibió por las tierras que se vio obligado a vender. En el reverso de las cuentas, siguiendo la costumbre de la época, estaba detallado el porqué y el cómo había llegado a esa difícil decisión. Después de leerlo, se llevó la mano a la boca, sorprendido. Nadie le había contado eso. En la reciente muerte de su padre, recibió sus pertenencias y entre ellas las hojas, apenas legibles, que narraban esta historia.

Agobiado por lo sucedido a su abuelo, se asomó por la ventana y contempló la cristalina laguna, ahora de su propiedad y llena de garzas agami. Suspiró y volvió la mirada hacia la pared frente a él. Ahí estaba; era la misma pintura, aunque muy diferente. Siempre le había intrigado, pero en ese momento la observó por primera vez y por fin la entendió.

La hermosa pintura adornaba el amplio estudio del joven Rutilio. Observándola meticulosamente, se asemejaba a la imagen del inicio del cuento. Por suerte, aún se distinguía la mancha parecida a una estrella. Eso lo conmovió y casi llora. Sintió que ya no faltaba nada, excepto quizá...

—Toc, toc —escuchó Rutilio hijo, molesto por la interrupción. Sin embargo, los grandes ojos negros de la desconocida lo hipnotizaron de súbito, dejando de lado todo lo demás.

—Creo que esto le pertenece —dijo Anaís hija mientras le mostraba la pintura del Cónsul, aquella que tanto veneraba su abuelo.

Rutilio hijo no esperó más. Se levantó y fue a su encuentro. La bella gitana sonreía discretamente, como adivinando su futuro. Todos los cuadros de su madre contaban una historia, y esta, la de ellos, apenas comenzaba... sus manos coincidieron al tomar el busto del Cónsul, cuya enigmática mirada parecía aprobar lo que veía.

